

# TESTIMONIO - POR MARCELO J. VERNHES

martes, 22 de marzo de 2011

El 24 de marzo, se festeja el Día de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Este título tan extenso, pretende abarcar tres conceptos que hoy, en nuestro país y en buena parte del mundo, son tan sólo grandes engaños; se han pervertido sus contenidos, y por lo general, en la cultura de los mass medias, suelen indicar lo contrario de lo que expresa su significación original.

El 24 de marzo, se festeja el Día de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Este título tan extenso, pretende abarcar tres conceptos que hoy, en nuestro país y en buena parte del mundo, son tan sólo grandes engaños; se han pervertido sus contenidos, y por lo general, en la cultura de los mass medias, suelen indicar lo contrario de lo que expresa su significación original. Dejaré de lado lo relativo a la Verdad y a la Justicia por ser temas demasiado altos y extensos, por exigir una profundización, al menos semántica, para dedicar estos párrafos a la memoria, a mi memoria, particularmente de lo sucedido a principios de la década de los años setenta, hasta el 24 de marzo de 1976. Lo que voy a narrar no me ha sido contado, algo he leído en libros, pero son esencialmente males que tuve que soportar, vivencias que me impresionaron violentamente, que tuve que sufrir en carne propia, junto a quienes me rodeaban. Por eso me marcaron profunda, me obligaron a tomar conciencia de que debía conocer la realidad de lo sucedido, y determinaron un rumbo en mi vida. En el año 1972, yo era Jefe de Departamento en la Universidad Nacional de Cuyo, por ello mi enfoque de los hechos se basa esencialmente en una visión desde el ámbito universitario. Ya desde fines de la década de los sesenta, se percibían los signos precursores de algo grave que estaba por suceder. Recuerdo particularmente la penetración de la ideología comunista en el folclore, del que he sido y sigo siendo amante. Es desde esa función que me tocó, a mí y a quienes estaban en cualquier cargo directivo, sufrir el embate de la subversión del comunismo internacional. Jamás podré olvidar el ambiente de agresividad, de insolencia y sobre todo de odio[1], en el que tuvimos de desenvolver nuestra actividad en esos años. Meses de asambleas permanentes, juicios académicos contra profesores, alumnos empujados a la rebeldía, profesores cómplices, exámenes grupales en donde todos alcanzaban la nota máxima, etc. Me tocó enfrentar a estudiantes que, si uno trataba de acercarse a ellos, se negaban al diálogo. Indirectamente fui tratado de mentiroso, acusado de no sé que problema en un concurso, en el que por otro lado no tuve intervención alguna. Todo era un torbellino de confusión y maldad. Una sola cosa estaba clara: quienes ocupábamos algún cargo ¡éramos culpables! Nunca supe de qué. Eso sí, el docente acusado y puesto bajo el juicio académico, ya estaba condenado. Los alumnos, movidos por una minoría adiestrada, pretendían juzgar ellos, a los docentes que les enseñaban, exigían realizar las actividades que ellos elegían. Resulta muy difícil hoy, rememorar en su conjunto, el clima terrorista que la subversión logró instalar en las universidades. Con legitimidad puedo hablar de universidades, así, en plural. Mis actividades académicas me llevaron entre 1972 y 1975, a viajar a otros centros universitarios: Buenos Aires, La Plata, San Luis, Rosario. Con nuestros colegas de Chile, que para entonces vivían ya la subversión instalada en su Gobierno Nacional, manteníamos relaciones y desde luego ellos también, nos presionaban para seguir el camino que recorrían. Un cuadro que no olvidaré jamás, es el del estado en que se encontraba la Facultad de Derecho de la UBA. Un edificio de estilo neoclásico, con sus columnas y paredes embadurnadas y pegoteadas de consignas y leyendas subversivas. Pero lo más impresionante era padecer esta sensación de vejación al ver tratado un edificio, y en particular de esta especialidad, de este modo tan aberrante, antagónico con los más elementales principios académicos. Otro recuerdo impresionante, fue el de tres jóvenes, barbados y con cabello desgreñado, que desde la pantalla del televisor decían que iban a &ldquo;disolver la universidad en el pueblo&rdquo;. Ignoro como es posible disolver una universidad, pero del daño que se causó en esos años, soy testigo y doy fe. En este sentido, recuerdo las expresiones del rector de una de nuestras universidades nacionales, que me manifestó que &ldquo;en estas condiciones es imposible manejar una universidad&rdquo;. Esto sucedió en el año 1975. Bien sé, que a otros compatriotas les tocaron cosas mucho peores, como son los secuestros, los asesinatos de familiares, sean uniformados o civiles, niños, adultos o ancianos, hombres y mujeres. Yo no tuve tanta desgracia, pero de lo traumático de tanta perversidad, no me olvidaré jamás. En el orden de la vida social, se llegó al punto de mirar con desconfianza a la persona que uno tenía al lado, porque si no era bien conocida, uno no sabía si se trataba de un ciudadano normal o de un guerrillero urbano encubierto. Hasta mitad de 1974, el entonces presidente, General Juan D. Perón, logró un dominio mínimo sobre la subversión, pero después de su deceso su viuda, Estela Martínez, no pudo evitar que el control del país escapara de sus manos. Entonces dio esa famosa doble orden de &ldquo;aniquilar a la subversión&rdquo;. Esto no impidió que su gobierno quedara desbordado por los hechos y se fue acentuando la sensación, de que la Nación era un barco que iba a la deriva. Para quienes niegan esta realidad es saludable recordar que por aquellos tiempos se construyeron especies de casamatas, delante de las comisarías de policía, para que el efectivo de guardia pudiera guarecerse de los ataques terroristas. También es conveniente recordar los discursos, que durante el mismo mes de marzo de 1976, pronunciaron los más destacados políticos del país. Eran expresiones de buena voluntad, muy bien pronunciados, pero a los efectos de lo que sucedía en la República, absolutamente inoperantes. Un hecho merece destacarse: la &ldquo;mentira oficial&rdquo;[2]. La misma ha proclamado durante años, que los delitos cometidos por esos &ldquo;jóvenes idealistas&rdquo;, era dirigida contra la dictadura militar. Sin embargo las estadísticas, que hoy son bien conocidas, nos dicen que la mayoría de los atentados terroristas, fueron perpetrados en tiempos de gobiernos democráticos. Por todo esto, y muchas cosas más que &ldquo;guardo en mi memoria&rdquo;, justifican el alivio tan grande, que sentí ese 24 de marzo de 1976. Yo solía escuchar, en la sintonía de Radio Nacional, a Don Julio Argentino Villada, en su programa &ldquo;Por los Senderos de la Patria&rdquo;. Pero ese día, en vez de la conocida voz de ese gran criollo, surgió de mi receptor una marcha militar. De la magnitud de mi alegría sólo diré, que antes de la siete de la mañana, nos encontramos en la vereda con un vecino, brindando por la felicidad de ver el fin de la pesadilla. Hoy, cuando oficialmente se habla de &ldquo;memoria&rdquo;, se trata en realidad de una versión inventada, de una realidad totalmente deformada, hasta el extremo de ser contraria a los hechos sucedidos. Esto es la consecuencia de un verdadero &ldquo;memoricidio&rdquo;[3] es decir, la destrucción de la

---

memoria popular, al punto tal que en nuestros días, son escasos los compatriotas que tienen una idea aproximada, de lo que sucedió en aquellos años. Los hechos y recuerdo expresados en estos párrafos, de ninguna manera constituyen un reclamo personal, no. Yo pude con los ataques y logré terminar mi carrera académica pese a la subversión y posteriormente, en el mismo orden ideológico, a los esfuerzos notables de Las Franjas Moradas, para expulsarme de la docencia universitaria, allá por el año 1985. Si he querido dejar anotadas algunas cosas, es para los demás, para los más jóvenes que sólo conocen la perversidad de la versión oficial, para tantos compatriotas que, o no quieren recordar, o que se callan por miedo. Porque hoy, y esto hay que decirle en voz alta, hay miedo. Se habla hasta el cansancio de libertad de expresión, pero quien se atreve a decir la verdad sobre estos hechos, sufre el ostracismo cuando no el castigo, y ante sus conciudadanos, aparece como sospechoso. Varios allegados me recomendaron que no hable de estos acontecimientos, pero si los he vivido, tengo no sólo el derecho sino ante todo, el deber de hacer conocer a mis semejantes, la realidad de lo que sucedió, antes de la fecha de este extraño feriado. Porque tengo memoria, y no la he de perder. [1] Para mayor información acerca de esta dimensión véase el libro de ACUÑA, Carlos Manuel: Por Amor al Odio, La tragedia de la subversión en la Argentina. Ediciones del Pórtico, Buenos Aires, año 2000.[2] Esta expresión es el título de un libro de MÁRQUEZ, Nicolás: La Mentira Oficial. Edición del Autor, Buenos Aires, año 2006[3] El término &ldquo;memoricidio&rdquo; es tomado de SAENZ, Alfredo: La Epopeya de la Vendée. Ediciones GLADIUS, Buenos Aires, año 2009. El autor utiliza este término para señalar la destrucción de la cultura religiosa y realista, producida después de la Revolución Francesa por la Convención, para borrar del pueblo vendeano, sus sentimientos religiosos y patrióticos tradicionales.